

Juan Español / *Padre, me acuso de ser antijudío:*
El antijudaísmo cristiano

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

Juan Español

PADRE, ME ACUSO DE SER ANTIJUDIO

El antijudaísmo cristiano

EDICIONES
OJEDA

Diseño de portada: Acacio **L.** Frieria

Edición patrocinada por
Asociación Cultural Editorial Ojeda. Barcelona

ISBN: B-84-920591-7-6-98

Depósito Legal: B-24901-1998

Primera edición: 1998

Ediciones Ojeda
Apartado 34055 - E-08080 Barcelona

Reservados todos los derechos
en lengua castellana.

Printed in Spain - Impreso en España

PROLOGO

DECLARACION FORZOSA, AUNQUE NO FORZADA, DE INTENCIONES

De pequeño, y como todo buen cristiano, solíamos ir a los Oficios de Semana Santa en la iglesia de nuestro pueblo castellano. El Viernes Santo, armada toda la chiquillería del lugar con las ruidosas matracas -juguetes para hacer ruido-, aguardábamos el momento exacto en que se permitía atronar todo el recinto sacro y patear judíos imaginarios, si no con indulgencia plenaria del señor cura del lugar; sí con su venia indulgente y comprensiva. Protestábamos así contra los pérfidos judíos que habían matado alevosamente a Nuestro Señor Jesucristo clavándole en una Cruz.

Nuestra conciencia de cristianos viejos, aunque niños de pocos años, no nos remordía un pelo por ese pecado nefando de antijudaísmo cometido en la mismísima iglesia santa de Dios. Para nosotros,

los pérfidos judíos eran, sin duda alguna, los responsables de otro pecado infinitamente superior al nuestro: el pecado de deicidio.

Si. Eso era en otros tiempos. Antes del Concilio Vaticano II, se entiende. Este concilio comenzó por suprimir el apelativo de pérfidos judíos en su liturgia del Viernes Santo y a liberarlos del pecado de deicidio llamándolos "hermanos en Cristo". Esto nos ha forzado a nosotros, cristianos viejos hechos y derechos, a hacer nuestro examen de conciencia personal. Fruto del mismo son estas páginas que tienes en tus manos amable lector.

La Iglesia Católica, en las postrimerías del segundo milenio del Cristianismo, nos pide ese examen de conciencia individual y colectivo. Examen de conciencia de aquellos tiempos en los que se llamaba pérfidos a los judíos. herejes a los protestantes, y malvados a los masones. Eran aquéllos, tiempos de oscurantismo religioso y político, según pregonan los progresistas católicos de nuestros pagos. Tiempos en los que se creía, a ojos ciega, en la conspiración judeo- masónica-comunista. Eran los tiempos del Tantum ergo, Misa de Angelis y curas ofreciendo el Santo Sacrificio de cara a Dios y de espaldas al pueblo soberano. Tiempos. en una palabra. de nacional-catolicismo español.

Pero ahora vivimos otros tiempos. Tiempos de reconciliación con los "hermanos separados... Reconciliación con Lanero. con Calvino y con A larx. Con todos menos con Monseñor Guerra

Campos y con Blas Piñar. Ahora se nos dice que hay que hacer examen de conciencia, tener dolor de corazón y propósito de la enmienda si queremos que se nos perdone ese pecado nefando del antijudaísmo. Los cristianos españoles y yo -Juan Español- el primero, estamos empecatados porque no creemos en la inocencia bautismal de los judíos y seguimos pensando y creyendo que los judíos son hoy tan judíos como el día en que fueron expulsados de España, la España católica de Fernando e Isabel.

Y bien. Como cristianos viejos que somos, y españoles de pura raza, vamos a tratar de sintonizar con el pensar y el sentir del "Congreso del Antijudaísmo Cristiano" bendecido por el Papa Juan Pablo II. Y vamos a empezar entonando nuestro mea culpa personal por ese pecado de antijudaísmo visceral que recibimos de nuestros antepasados: ¿qué hay de verdad, de culpa y expiación obligada y forzosa en ese sentimiento popular del antijudaísmo español? ¿Deberemos repasar nuestra historia? ¿Debemos destruirla por racista y xenófoba?

Nosotros, los españoles, también sembramos el solar ibérico de ghettos y de pogroms como todos los pueblos europeos. Nosotros, cristianos viejos, debemos revisar y examinar nuestra conocida y arraigada mentalidad antijudía que nos llevó, en el pasado, a la conocida y denostada expulsión de los judíos. ¿Fue necesaria e imprescindible para la unidad y catolicidad de España? ¡That is the ques-

tion! ¡Esta es la cuestión! Si el bien y el ser de España estaba en litigio, la opción era obligada. Los Reyes Católicos cumplieron con su obligación.

Nosotros, cristianos españoles, vamos a hacer examen de conciencia sobre ese pasado de leyenda negra que pesa sobre nuestra conciencia nacional. Vamos a preguntarnos por qué ocurrieron así estas cosas. Deberemos examinar las causas de ese anti-judaísmo visceral del pueblo español. Deberemos revisar nuestra historia nacional, pero no para suprimirla sino para justificarla en lo que ella se merece como lo es la Unidad y Catolicidad de España.

Nosotros no somos ni projudíos ni antijudíos. Somos españoles: católicos, apostólicos y romanos pero no a costa de nuestra Fe, nuestra Patria y nuestra Historia. Eso sería una traición, que también es pecado.

Vamos, pues, a hacer examen de conciencia, individual y colectivo. y ver hasta qué punto es obligado ese mea culpa que la Iglesia Católica nos pide en vísperas del tercer milenio del Cristianismo.

Con esta declaración de intenciones por delante, Juan Español no tiene inconveniente alguno en postrarse a los pies del confesor y decir: "Padre, me acuso de ser antijudío".

Juan Español

EL CONGRESO DEL ANTIJUDAISMO CRISTIANO

El viernes día 31 de Octubre de 1997, la prensa daba al mundo la sensacional noticia: *"La Santa Sede reconoce que el antisemitismo cristiano colaboró con el genocidio nazi. Etchegaray inauguró ayer en Roma el Congreso sobre el antijudaismo"*.

El Vaticano reconoció ayer que *"los prejuicios y juicios pseudoteológicos"* difundidos entre los cristianos sobre los judíos *"sofocaron en muchos la capacidad de reacción evangélica cuando sobre Europa se abatió el antisemitismo, de naturaleza pagana y anticristiana, del nacionalsocialismo"* (ABC 31.10.97). Así se expresó el teólogo de la Casa Pontificia, Georges Cottier, presidente de la comisión organizadora del Congreso inugurado por el cardenal Etchegaray.

A continuación el cronista del acto explayaba la noticia en estos términos: *"En la apertura del congreso, a cuyos participantes se dirigirá hoy Juan Pablo II, el padre Cottier abordó una de las encru-*

dadas fundamentales de este debate sobre el papel de los cristianos en el antisemitismo, en el que participan sesenta estudiosos de todo el mundo, entre católicos, protestantes y ortodoxos. El teólogo pontificio subrayó que esos prejuicios extendidos entre las poblaciones cristianas contra los judíos "sirvieron de pretexto a las vejaciones injustificables sufridas por el pueblo judío en el curso de la historia".

La Iglesia Católica, pues, al más alto nivel y en las postrimerías del segundo milenio del Cristianismo, entona su personal mea culpa sobre el pecado de antijudaísmo cometido por los cristianos a lo largo de los dos mil años de existencia. Ciertamente la historia nos confirma que fueron numerosas las persecuciones desatadas contra los judíos, considerados como responsables y deicidas de la muerte de Cristo.

Ahora esa realidad histórica, incuestionable hasta nuestros días, es debatida y cuestionada en el seno de la Iglesia Católica, que condena abiertamente y a la par el antijudaísmo cristiano y el antisemitismo nazi.

"Cottier -sigue narrando el cronista Pedro Corral- abordó el capítulo del Holocausto como fruto de la "locura racista" del nacional-socialismo hitleriano, ideología que calificó como "la manifestación extrema del antisemitismo moderno". En la misma línea establecida por estudiosos e historiadores judíos de la "shoa", el teólogo definió este antisemitismo nazi como la expresión

de "esencia pagana y, desde un punto de vista más profundo, anticristiana". Cottier aseguró, sin embargo, que esto no impidió que los prejuicios antisemitas de raíz cristiana hubieran "sofocado en muchos la capacidad de reacción evangélica cuando sobre Europa se abatió el antisemitismo del nacionalsocialismo".

El teólogo Cottier explicó que el congreso es "una reflexión de naturaleza teológica", lo que explica que se haya adoptado el término "antijudaísmo", de connotaciones religiosas, y no el de "antisemitismo", que comporta otras consideraciones más amplias.

A esta "reflexión de naturaleza teológica", se suma gustosamente el Magisterio Oficial Católico representado por el cardenal Roger Echegaray y secundado por el mismo Pontífice Juan Pablo II. En su saludo a los participantes del congreso, el cardenal Roger Echegaray abundó en este punto, ya que "el estudio de las motivaciones religiosas, por el hecho de referirse a la conciencia, son mucho más determinantes que las motivaciones raciales o políticas".

El hecho de que no fueran invitados especialistas judíos responde, según Cottier, al carácter del congreso como "examen de conciencia" del mundo cristiano ante la cuestión del antijudaísmo. Cottier explicó que esta cita de estudiosos es "prolongación de la declaración conciliar *"Nostra Aetate"*, que ha marcado un punto decisivo y ha dado impulso a las reflexiones de los teólogos

cristianos sobre el judaísmo". El objetivo del congreso, según el teólogo, es "proporcionar al Papa un material de calidad científica indudable que pueda servir al examen de conciencia histórico al cual él ha invitado a los cristianos con ocasión del Gran Jubileo".

Ese material de "calidad científica indudable" fue asumido por Juan Pablo II por cuanto días más tarde la prensa (ABC 3.11.97) daba ya la noticia y conclusión siguiente: *"El Vaticano concluye que el antijudaísmo es una ofensa a Dios y a la Iglesia"*. "Esta es una de las conclusiones de los sesenta teólogos y estudiosos católicos, protestantes y ortodoxos reunidos en el Vaticano en estos días en el congreso sobre *"Las raíces del antijudaísmo en ambiente cristiano"*. "El congreso -sigue narrando el cronista de Roma, Pedro Corral- ante cuyos participantes intervino el pasado viernes el Papa Juan Pablo II, ha sido la primera etapa del "examen de conciencia" al que el propio Santo Padre ha invitado a todos los cristianos para reconocer ante el Tercer Milenio "los errores y faltas del pasado".

Con el conocimiento y reconocimiento de estos "pecados históricos", en el umbral del 2000, el Papa pretende "purificar la memoria" ante las manifestaciones de xenofobia e intolerancia, como el antijudaísmo y las inquisiciones, que han podido acompañar a lo largo de los siglos la difusión del mensaje cristiano.

En un comunicado difundido ayer por la Santa

Sede, se subraya que la finalidad del congreso sobre el judaísmo ha sido la de "preparar un informe para ofrecer al Santo Padre" con vistas a la declaración del Gran Jubileo del Año 2000.

"El Jubileo -destaca el comunicado- será sobre todo una acción de gracias a Dios por el don de Jesucristo, fuente y modelo de toda santidad. Para ser pleno y total, esta acción de gracias debe ser precedida de un examen de conciencia. Allí donde no hayamos respondido al plan de Dios, se hace necesario un compromiso de conversión. Los errores y las faltas del pasado no deben repetirse nunca más en el futuro".

El comunicado de la Santa Sede recuerda que el "acto de conversión" del mundo católico en relación con los judíos comenzó con el Concilio Vaticano II, y en concreto con la declaración "*Nostra Aetate*", donde fue repudiada la acusación de deicidio contra el pueblo judío por la muerte de Cristo. El propio Juan Pablo II, el primer pontífice de la historia que ha visitado una sinagoga judía, resaltaría en el Congreso de Roma este pecado de antijudaísmo.

Se nos pide, pues, a los cristianos, individual y colectivamente considerados, una conversión y un *mea culpa* colectivos frente al tercer milenio que se avecina. Pecado no considerado como tal y cometido durante las muchas persecuciones históricas desatadas a través de los siglos contra el pueblo judío, en particular entre los cristianos de Europa.

La cuestión del antijudaísmo cristiano, pues, está planteada al más alto nivel de la Religión y la Política. La denuncia de la Iglesia postconciliar del Vaticano II traerá serias consecuencias en el seno de las sociedades cristianas de toda Europa. Procede por lo tanto un análisis concienzudo y detallado del problema en todos sus aspectos: religiosos, políticos y sociales. Y a él queremos acercarnos por nuestra parte con toda la seriedad e imparcialidad que se merece. La historia del antijudaísmo cristiano tiene sus raíces y sus razones bíblicas, teológicas e históricas. Y todas ellas hay que tenerlas muy en cuenta a la hora de formular un juicio final de la cuestión, porque de lo contrario podríamos pecar por carta de más o de menos y pasar del pecado de antijudaísmo al no menos deplorable projudaísmo a ultranza.

Responsabilidad histórica del antijudaísmo

Una nueva crónica del Vaticano apareció en la prensa (ABC 1.11.97) expresando la opinión del Papa Juan Pablo II sobre la responsabilidad directa de la Iglesia en el pretendido "genocidio " nazi y en la cuestión del antijudaísmo cristiano. "Juan Pablo II -escribe el cronista vaticano Pedro Corral-excluyó ayer de forma categórica la responsabilidad de la Iglesia en cuanto tal" en los sentimientos de hostilidad contra el pueblo judío que generarían en nuestro siglo el genocidio pro-

gramado por los nazis. En su mensaje a los participantes en el congreso sobre las raíces del antijudaísmo, el Papa reconoció que la "resistencia espiritual de muchos no fue la que la humanidad tenía derecho a esperar de los cristianos".

El esperado discurso del Santo Padre ante el congreso sobre antijudaísmo fue un anticipo del "*examen de conciencia*" que el propio Juan Pablo II ha invitado a hacer a todos los cristianos ante el Tercer Milenio. Un examen destinado a reconocer las responsabilidades del mundo cristiano en los "pecados históricos" de la Iglesia, pero también a contestar algunas de las imputaciones levantadas contra ésta a lo largo de la historia. Su mención ayer a las encíclicas "*Mit brennender Sorge*" de Pío XI (1937) y "*Summi Pontificatus*" de Pío XII (1939), a favor de la solidaridad humana y contra el racismo, dejaron clara su voluntad de recordar cuáles fueron entonces los sentimientos de la Iglesia ante el régimen nazi.

Juan Pablo II declaró que "*el antisemitismo no tiene justificación alguna y es absolutamente condenable*" y recordó que la Iglesia condena con firmeza todas las formas de genocidio, así como las teorías racistas que la han inspirado o que han pretendido justificarlas. Así mismo calificó el racismo como la negación de la identidad más profunda del ser humano, que es una persona creada a la imagen y semejanza de Dios".

El Papa reconoció sin embargo la hostilidad contra el pueblo judío generada por "algunas

interpretaciones erróneas e injustas del Antiguo Testamento", hechas circular en el *"mundo cristiano"*, pero *"no por la Iglesia en cuanto tal"*. Estas interpretaciones contribuyeron, según el Santo Padre, a *"adormecer muchas conciencias"* cuando se abatió sobre Europa la persecución nazi contra los judíos, que definió como *"inspirada en un antisemitismo pagano que, en su esencia, era también anticristiano"*. Al recordar el genocidio nazi, Su Santidad subrayó cómo hubo *"cristianos que hicieron todo por salvar a los perseguidos incluso poniendo en peligro su propia vida"*.

Juan Pablo II afirmó que *"a la malicia moral de todo genocidio se añade, con la "shoah", la malicia de un odio que ataca el plano salvador de Dios sobre la historia"*. *"De este odio la Iglesia se siente ella misma directamente punto de mira"*, dijo el Papa, subrayando así los vínculos del cristianismo con el pueblo judío, que ocuparon parte de su mensaje.

No cabe duda de que, de las palabras transcritas del mensaje de Juan Pablo II, se saca en conclusión su postura decidida contra el genocidio nazi y de su projudatismo con reservas. Libera a la Iglesia en cuanto tal del pecado de antijudaísmo pero condena con rotundidad el odio de los cristianos que, en palabras del Papa, ataca el plano salvador de Dios sobre la historia. Tenemos, pues, planteada la cuestión del antijudaísmo histórico del que la Iglesia debe arrepentirse y con ella todos los cristianos. Como gesto de buena volun-

tad, la Iglesia postconciliar ha suprimido de su liturgia del Viernes Santo la conocida frase de "*Oremus et pro perfidis judeis...*" Oremos también por los pérfidos judíos. Esa perfidia judaica se refiere a la responsabilidad del pueblo judío en la muerte de Cristo en la Cruz y a la hostilidad acumulada por los pueblos cristianos a lo largo de los dos mil años de existencia contra los hijos de Israel.

La tendencia actual de la Iglesia Católica parece ser ésta: la de liberar al pueblo judío como tal de la responsabilidad teológica del deicidio y la responsabilidad histórica generadora del antijudaísmo hoy día execrado. ¿Es esto posible? A ello dedicamos nosotros estas páginas tratando de respetar a una la Sagrada Escritura, la Historia del Cristianismo en general y la Historia de España en particular.

El pueblo judío, ¿es un pueblo deicida?

A todos los niveles de la comunidad política y religiosa se está intentando liberar a los judíos de toda responsabilidad histórica como si el pueblo judío hubiera sido víctima propiciatoria de todos los odios raciales y cristianos. ¿Cometió o no cometió el pueblo judío el pecado de deicidio? La Sagrada Escritura en Mateo 27, 20-25 nos transmite la autoinculpación judía en la muerte del Justo, la muerte de Cristo. Este ha sido conduci-

do por los judíos ante el juez Pilato para ser condenado porque se hace pasar por Dios. Pilato quiere salvar al Justo, pero se lo impide el pueblo judío azuzado por sus dirigentes político-religiosos. Oigamos la Palabra de Dios textual: "Mientras tanto, los sumos sacerdotes y los ancianos lograron persuadir a la gente que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Y cuando el procurador les dijo: "¿A cual de los dos queréis que os suelte?", respondieron: " ¡A Barrabás!" Díceles Pilato: "Y ¿qué voy a hacer con Jesús, el llamado Cristo?" Y todos a una: " ¡Sea crucificado!" "Pero ¿qué mal ha hecho?"-preguntó Pilato-. Mas ellos seguían gritando con más fuerza: " ¡Sea crucificado!". Entonces Pilato, viendo que nada adelantaba, sino que más bien se promovía tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la gente diciendo: "Inocente soy de la sangre de este justo. Allá vosotros". Y todo el pueblo respondió: "*¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!*" (Biblia de Jerusalén, pág. 1343).

Por la boca muere el pez y el hombre por la palabra. La expresión bíblica tradicional que pronuncia el pueblo judío no da lugar a duda alguna:

"Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

Nosotros nos hacemos responsables de la muerte del Justo, de la muerte de Cristo Hijo de Dios. ¡Y por todas las generaciones futuras! También la nuestra. Los judíos actuales siguen odiando a Cristo como el día de su crucifixión. Siguen odiando la cruz de Cristo símbolo sagrado de los

cristianos. Ahí está la anécdota para confirmarlo. Una Comunidad de religiosas carmelitas alzaron una cruz en el campo de Auschwitz como símbolo de paz y de reconciliación para todos los pueblos y las razas humanas. Pero ese símbolo de paz y de reconciliación no es reconocido por los judíos actuales. Estos forzaron a las monjas a abandonar su convento y no pararon hasta alcanzar su empeño: suprimir la Cruz de Cristo, la Cruz de los cristianos del templo del así denominado "*holocausto*" (*Conflicto en Auschwitz*. Proyección Mundial de 30 días n° 7, Julio de 1989, pág. 6-13). ¿Sería mucho pedir que el *mea culpa* que se nos pide actualmente a los cristianos se hiciera extensivo a los judíos? ¡Sería pedir demasiado a los hijos de la Torá! Pues frente al antijudaísmo condenable de los cristianos está el anticristianismo irredento de los judíos, origen de tantas persecuciones desatadas contra ellos a lo largo de los siglos. Puestos a pedir perdón hay que hacerlo de ambos pecados a la par. El sentimiento antijudio del pueblo cristiano tiene su origen en la Biblia y en la Historia y ambas a dos hay que consultar si se quiere formular un juicio equitativo y justo al respecto.

Sobre la conciencia del pueblo judío pesa el misterio de la reprobación divina narrada por los Evangelios. El autor de la *Vida de Cristo*, Fray Justo PéPez de Urbel, narra y comenta de este modo la maldición de Cristo a la higuera estéril símbolo del pueblo judío: "El día siguiente a su

entrada triunfal, cuando se dirigía de Betania a Jerusalén, quiso anunciar de una manera sensible la reprobación del pueblo hebreo". "En el camino -dice el evangelista- tuvo hambre". Acercóse a una higuera, que vio a distancia, y, no hallando más que follaje, lanzó sobre ella esta maldición extraña: "Nunca jamás coma nadie fruto de ti; nunca aparezcan higos en tus ramas". Y, al pasar por la tarde, observaron los discípulos que la higuera se había secado. Entonces se llenaron de estupor, pero más tarde comprendieron por este suceso simbólico cuál iba a ser la suerte de aquel pueblo y de todos los que no tienen más que apariencias de vida y un exterior falaz... En la higuera maldecida, Jesús quería indicar la reprobación definitiva de Israel, en el cual la mirada de Jehová había encontrado un contraste doloroso entre la abundancia de las hojas y la ausencia de los frutos, una religión puramente externa, sin fondo alguno, sin virtud auténtica" (pág. 521-522). Ciertamente. Hay que tener en cuenta que no es lo mismo la reprobación final del pueblo judío que la reprobación histórica del mismo. La primera está en las manos de Dios, la segunda en las manos del hombre. En las manos de los cristianos de ayer y de hoy está esa crítica solvente y veraz que dilucide, de una vez por todas, la responsabilidad de los judíos en el pecado del antijudaísmo cristiano. ¡Gemid hermanos, todos en él pusisteis vuestras manos! -decimos con el poeta-. La Historia lo confirma como vamos a ver *per filo e per segno*.

La historia del pueblo judío durante estos dos mil años de destierro permanente ha sido conflictiva y atormentada por demás. El peso de la maldición divina ha hecho que durante veinte siglos vagara por el mundo sin hogar ni patria permanentes. Condenado a vivir y convivir con otros pueblos y razas con los que no se sentía identificado. Esto hizo que su convivencia fuera siempre conflictiva y difícil por demás. En este aspecto, los judíos de los Reyes Católicos y la Alemania de Hitler fueron los mismos: enemigos raciales de la nación en que vivían y candidatos seguros a la expulsión *pro bono pacis*. ¿Ha cambiado la situación con el establecimiento del Estado de Israel? Lo dudamos. La tendencia del judaísmo de ayer y de hoy es siempre la misma: lograr el dominio exclusivo y hegemónico del mundo en el aspecto religioso, político y económico. La victoria de las potencias aliadas sobre las potencias del Eje en la Segunda Guerra mundial ha venido a consagrar la hegemonía global del Sionismo dando razón histórica a la acusación formulada en los "*Protocolos de los Sabios de Sión*".

Sesudos críticos de esta obra literaria que hizo correr ríos de tinta y sangre en el pasado dicen de esta obra que es **un** mito. Pero los mitos creados en torno del origen y destino histórico de los pueblos tienen todos un fondo histórico y real incuestionable. Todos hunden sus raíces más profundas en la realidad vital de los mismos pueblos que los protagonizaron. *Héctor, Eneas, Hamlet, Don*

Quijote y no digamos *El Mío Cid* son el mito de otros tantos pueblos que en ellos se ven retratados como en la más verídica historia humana. Nuestro genial Unamuno llegó a escribir la "*Vida de Don Quijote y Sancho*" pensando y sintiendo en la realidad vital de los nombres que son historia concreta de un pueblo: el pueblo español. Esto mismo tal vez ocurra con la raza de los judíos, el pueblo de Israel. En torno de ese pueblo en perpetuo exilio, el pueblo de los sempiternos pogroms, el pueblo promotor y víctima del antisemitismo nazi y el antijudaísmo cristiano, se ha tejido a lo largo de los siglos el mito, la leyenda y la historia de la sempiterna conspiración judeo-masónica del Sionismo internacional.

La Iglesia Católica hace bien, en vísperas del tercer milenio del Cristianismo, al despertar la conciencia de los cristianos para que hagan examen de conciencia, tengan dolor de corazón y propósito de la enmienda, sobre las responsabilidades que les alcanzan en ese pecado del antijudaísmo. Pero ese deber no les impide a su vez, y al mismo tiempo, hacer un examen histórico-crítico sobre el pecado del anticristianismo que han tenido que soportar a lo largo de los siglos por parte de los judíos. Lo cortés no quita lo valiente. En eso estamos por nuestra parte. ¿Qué hay de historia y de verdad en los *Protocolos de los Sabios de Sión* y en toda la literatura antijudía? A eso vamos con la venia del lector y la imparcialidad exigible a un cristiano de buena fe y mejor conciencia.

II

EL MITO DE LA CONSPIRACION JUDIA MUNDIAL

Al desarrollo de este tema dedicó su extenso y denso libro del mismo título el escritor Norman Cohn defendiendo la tesis de que la Conspiración Judía Mundial es un mito, una fábula, una ficción alegórica creada por la literatura occidental cristiana para denigrar al pueblo judío. Según este escritor projudío el origen de dicho mito arrancaría de la guerra sostenida por la Sinagoga contra la naciente Iglesia de Jesucristo en los siglos II y IV de nuestra era. *"Hay regiones muy grandes en la tierra -dice Norman Cohn- en las que tradicionalmente se ha visto a los judíos como seres misteriosos, dotados de poderes siniestros y extraños. Esta actitud data de la época, entre los siglos II y IV después de Cristo, en que la Iglesia y la Sinagoga competían para obtener conversos en el mundo helenístico, y en que, además, ambas trataban de arrancarse partidarios la una a la otra. Para aterrorizar a los cristianos judaizantes de*

Antioquía a fin de que rompiesen definitivamente con la religión original, San Juan Crisóstomo calificó la Sinagoga de "el templo de los demonios... la caverna de los diablos... una sima y un abismo de perdición" y calificó a los judíos de asesinos y destructores habituales, de pueblo poseído por un espíritu del mal".

Como vemos, Norman Cohn califica las afirmaciones de San Juan Crisóstomo de gratuitas y sin fundamento histórico alguno. Pero todos los cristianos saben de la persecución continua y despiadada de los judíos de la Sinagoga contra la Iglesia naciente de Jesucristo. La vida de San Pablo antes de su conversión es un ejemplo elocuente. Y la afirmación del mismo Jesucristo clara y contundente: *"Si a mi me han perseguido también a vosotros os perseguirán por mi causa"*. Seguro de su razón, el autor que comentamos sigue diciendo: *"Para proteger a sus catecúmenos contra el judaísmo San Agustín habló de cómo quienes habían sido los hijos favoritos de Dios se habían transformado después en hijos de Satán. Además, relacionó a los judíos con aquella temible figura del Anticristo, "el hijo de la perdición", cuyo reinado tiránico, según San Pablo y el Apocalipsis de San Juan, debe preceder a la segunda venida de Cristo. Muchos de los Padres -concluye con ello nuestro autor- enseñaban que el Anticristo sería un judío y que los judíos serían sus más devotos seguidores" (pág. 17- 18).*

Aquí tenemos ya delineados el anticristianismo

de los judíos y el antijudaísmo de los cristianos enfrentados en una guerra sin cuartel, en una guerra a muerte. Pero sigamos el relato de este enfrentamiento en las afirmaciones gratuitas de Norman Cohn: *"Siete u ocho siglos después, en el período más militante de la Iglesia Católica Romana, se resucitaron aquellas viejas fantasías y se las integró en toda una nueva demonología. A partir de la Primera Cruzada se presentó a los judíos como hijos del Diablo, agentes empleados por Satanás con el fin expreso de combatir el cristianismo y hacer daño a los cristianos. Fue en el siglo XII cuando se les acusó por primera vez de asesinar a niños cristianos, de torturar la hostia consagrada y de envenenar los pozos. Es cierto que los papas y los obispos condenaban frecuente y enfáticamente aquellas invenciones, pero el bajo clero siguió propagándolas, y al final llegaron a gozar de general credibilidad..."*

Aquí vemos delineados ya el "mito" y la "leyenda" de la tradicional perfidia judaica que desarrollaría en el futuro el célebre libro de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. ¿Mito, leyenda o historia concreta demostrada? Es lo que veremos a lo largo de estas páginas. Norman Cohn, por su parte, sigue apuntando: *"El mito de la conspiración judía mundial representa una adaptación moderna de esa tradición demonológica antigua. Según ese mito, existe un gobierno secreto judío que, mediante una red mundial de organismos y organizaciones camuflados, controla partidos polí-*

ticos y gobiernos, la prensa y la opinión pública, los bancos y la marcha de la economía. Se dice que el gobierno secreto hace todo eso conforme a un plan secular y con el único objetivo de lograr que los judíos dominen el mundo entero, y también se dice que se está acercando peligrosamente al logro de ese objetivo... (pág. 18-19)

Frente a la tesis y convicción profunda del autor de *El mito de la conspiración judía mundial* nosotros nos preguntamos: ¿cómo es posible que un simple mito haya tenido la virtud y la eficacia de provocar los odios de toda Europa, la expulsión de los judíos de España durante el reinado de los Reyes Católicos y el supuesto *holocausto* de la II Guerra Mundial? ¿Es el pueblo judío, simplemente por ser tal, víctima propiciatoria de las iras desatadas de los cristianos? ¿Nada tiene que ver su radical monoteísmo frente a los pueblos paganos, su racismo social consagrado por la Ley Mosaica y su egoísmo usurero acaparador de la economía occidental que le atrajo las iras de todos los pueblos de Europa? Para Norman Cohn está clara la cuestión: *"La comprensión de cómo surgió la fantasía y cómo se difundió es mucho menos importante para entender a los judíos que el saber lo que significa la manía persecutoria y cómo, dada una situación adecuada, se puede explotar deliberadamente ésta en multitudes de seres humanos normales. Era algo que ya había ocurrido antes durante la manía con las brujas que invadió Europa en los siglos XVI y XVII. Era algo que iba*

a volver a ocurrir a medida que el mito de la conspiración judía mundial empezó a hacer su mortífera labor" (pág. 22).

No hay efecto sin causa dice el aforismo castellano, y dice bien. El odio de los pueblos occidentales contra los judíos ¿está fundado únicamente en un mito, una leyenda, una patraña y una ficción? Para el autor de la obra que comentamos no hay duda alguna. *"Hoy día -dice- cuando la gente piensa en el mito de la conspiración mundial piensa en la falsificación conocida por el nombre de Protocolos de los Sabios de Sión, que circuló por todo el mundo en millones de ejemplares en los decenios de 1920 y 1930. Pero los Protocolos no son más que el ejemplo más conocido y más influyente de una larga serie de supercherías y falsificaciones que datan casi de la Revolución Francesa..." (pág. 22).*

¿Simple superchería y falsificación histórica esta obra que tanto influiría en la literatura antisemita? El mismo autor dedica varios apartados de su libro a historiar esta obra prototipo de la literatura antisemita. No cabe duda de que cuando Sergey Alexandrovich Nilus, el monje ruso que difundía los *Protocolos*, no pudo sospechar los ríos de tinta y de comentarios que iba a provocar.

Sobre su origen y propagación Norman Cohn dice que *"es indudable que los Protocolos se urdieron en alguna fecha comprendida entre 1894 y 1899, y probabilísimo que fuera en 1897 o 1898. El país de origen, sin duda, fue Francia, como revelan*

las múltiples alusiones a asuntos franceses... Una vez tras otra, cuando se trata de desenmarañar la historia inicial de los Protocolos, se topa con ambigüedades, incertidumbres, enigmas. Lo que era necesario era echar un vistazo a ese extraño mundo desaparecido en el que nacieron los Protocolos: el mundo de los agentes contra-revolucionarios y pseudomísticos que florecía en los años de decadencia del imperio del Zar. Pero lo que es de verdad importante de los Protocolos es la gran influencia que han tenido -increíble, pero indiscutiblemente- en la historia del siglo XX" (pág. 116).

Vemos, pues, que historia o leyenda, los *Protocolos de los Sabios de Sión* es una obra fundamental que influyó poderosamente en la literatura y la política de Europa entera. "Cualquiera fuese el origen de los Protocolos -afirma Norman Cohn- quienes los adoptaron, los conservaron y al final los lanzaron al mundo fueron los pogromshchiki, los instigadores profesionales de los pogroms. Pues los centenares de matanzas locales de judíos que ocurrieron en Rusia entre 1881 y 1920 no fueron en absoluto estallidos espontáneos de furia popular: exigían una planificación a largo plazo, una organización cuidadosa, y, sobre todo, una agitación intensiva. A veces esta labor la llevaba a cabo la policía, pero a veces intervenían particulares, sobre todo periodistas sin escrúpulos. Esta fue la gente que hizo suyos los Protocolos " (pág. 117). - A desentrañar los orígenes y contenido de los Protocolos dedica Norman Cohn más de tres-

cientas páginas de su libro, lo que da idea de la importancia de este auténtico *vademecum* del antisionismo mundial. Historia o leyenda, en esta obra se desenmascara y denuncia esa célebre conspiración judía que tanto ha preocupado a los cristianos de toda Europa durante los pasados siglos. En particular a la Alemania de Hitler. *"La creencia de los nazis en una conspiración mundial judía -afirma Norman Cohn- representa un resurgir, en forma secular, de determinadas ideas apocalípticas que habían formado parte de la visión cristiana del mundo. En este caso, cabe seguir la pista exacta de la forma en que una creencia apocalíptica -la llegada del Anticristo- contribuyó al nacimiento de los que habrían de convertirse en parte de las santas (sic) escrituras nazis. Y, de hecho, la relación entre los Protocolos y la profecía del Anticristo no se detiene aquí. En capítulos ulteriores veremos cómo la primera edición importante de los Protocolos apareció en un libro ruso sobre la inminente venida del Anticristo, y cómo se advierte en él parte de un clima apocalíptico idéntico, incluso en los pensamientos y los escritos de Hitler y de Rosenberg en cuanto se refieren a los Protocolos y a la conspiración mundial judía"* (pág. 43).

Nada de extraño es que en el 1969 Norman Cohn contribuya con su libro a la literatura anti-nazi aparecida después de la Segunda Guerra Mundial. Su clara línea projudía se descubre fácilmente en los juicios peyorativos que formula contra el célebre libro de los *Protocolos*.

"En su forma moderna, cabe hallar la raíz del mito de la conspiración mundial judía en un clérigo, el abate Barruel. Ya en 1797 Barruel, en su Mémoire pour servir á l'histoire du Jacobinisme, de cinco volúmenes, aducía que la Revolución Francesa representaba la culminación de una conspiración secular de la más secreta de las sociedades secretas. A su juicio, el problema se inició con la Orden medieval de los Templarios, que en realidad no se había visto exterminada en 1314, sino que había sobrevivido como sociedad secreta, comprometida a abolir todas las monarquías, derrocar el papado, predicar la libertad sin límites a todos los pueblos y fundar una república mundial bajo su propio control. A lo largo de los siglos, esa sociedad secreta había envenenado a varios monarcas, y en el siglo XVIII había capturado a la masonería, que ahora estaba sometida totalmente a su control. En 1763, había creado una academia literaria secreta formada por Voltaire, Turgot, Condorcet, Diderot y d'Alembert, que se reunía periódicamente en casa del barón d'Holbach; con sus publicaciones, aquel grupo, había socabado toda la moral y la verdadera religión de los franceses. A partir de 1776, Condorcet y el abate Sieyès habían montado una enorme organización revolucionaria de medio millón de franceses, que fueron los jacobinos de la Revolución. Pero el meollo de la conspiración, los verdaderos dirigentes de la revolución eran los iluminados bávaros de Adam Weishaupt: "los enemigos de la raza humana, hijos

de Satán". A *aquel puñado de alemanes debían obediencia ciega todos los francmasones y jacobinos de Francia, y Barruel creía que, si no se ponía freno a aquello, ese puñado llegaría a dominar pronto el mundo*" (pág. 22 y 23).

Aquí vemos cómo se van descubriendo ya los turbios orígenes y satánicos manejos de esa denigrada y combatida conspiración judía mundial. El escritor Norman Cohn no cree en ella pero dedica todo su denso estudio de más de 300 páginas a desentrañar sus secretos. Nosotros deseamos ofrecer un relato sucinto. Para ello acudimos al célebre documento *El discurso del Rabino*. Figura en el Apéndice I, páginas de la 278 a la 284 de la citada obra *El mito de la conspiración judía mundial*.

Dentro de la profusa bibliografía sobre el tema nosotros queremos traer a colación esta obra singular de la literatura europea antisemita. De ella se hicieron y publicaron múltiples versiones y variantes a medida que su contenido y fama se iba propagando en toda Europa a una con los *Protocolos de los Sabios de Sión* en la cual fue incluida con el tiempo. *El Discurso del Rabino* se invocaba invariablemente como prueba de la autenticidad de los *Protocolos*. Dicho libro ¿es obra de pura ficción y propaganda antisemita? Para Norman Cohn no cabe duda alguna. Con todo nosotros queremos incluirlo en el texto de nuestro estudio porque, si en su contenido literal es una ficción no cabe duda que sintoniza con la

realidad política y religiosa de la Europa en la que se gestó. Este mito, leyenda o realidad, de la conspiración judía mundial, es realmente impresionante. Recomendamos la lectura atenta y sosegada de este documento a todos los cristianos a los que ahora se les invita a hacer examen de conciencia y a entonar el *mea culpa* por nuestro pecado colectivo de antisemitismo y antijudaísmo.

III

EL DISCURSO DEL RABINO

"Nuestros padres han legado a los elegidos de Israel el deber de reunirnos una vez al siglo en torno a la tumba del Gran Maestro Caleb, el santo rabino Simeón ben Jehuda, cuyo conocimiento da a los elegidos de cada generación poder sobre toda la Tierra y autoridad sobre todos los descendientes de Israel.

Desde hace dieciocho siglos Israel está en guerra con ese poder que primero se le prometió a Abraham, pero que la Cruz de Cristo le arrebató. Pisoteado, humillado por sus enemigos, viviendo siempre bajo la amenaza de muerte, de persecución, de violación, y de todo tipo de violencia, el pueblo de Israel no ha sucumbido, y si está disperso por toda la tierra es porque ha de heredar toda la Tierra.

Nuestros sabios llevan dieciocho siglos combatiendo valerosamente contra la Cruz y con una perseverancia que nada puede desalentar.

Gradualmente nuestro pueblo se va levantando

y su poder aumenta día tras día... Es nuestro el dios que Aarón levantó para nosotros en el destierro, el Becerro de oro, la deidad universal de nuestra era.

El día en que nos hayamos convertido en los únicos poseedores de todo el oro del inundo. tendremos en nuestras manos el verdadero poder; y entonces se cumplirán las promesas que se le hicieron a Abraham.

El oro, el mayor poder de la tierra... el oro, que es la fuerza, la recompensa, el instrumento de todo poder... la suma de todo lo que el hombre teme y ansía... ése es el único misterio. la mayor comprensión del espíritu que gobierna el inundo. ¡Ese es el futuro!

Dieciocho siglos han pertenecido a nuestros enemigos, y el siglo actual y los siglos futuros deben pertenecernos a nosotros, el pueblo de Israel, y no cabe duda de que nos pertenecerán.

Ahora, por décima vez, en mil años de una guerra terrible e incesante contra nuestros enemigos, los elegidos de una generación dada del pueblo de Israel se reúnen en este cementerio, en torno a la tumba de nuestro Gran Maestre Caleb, el santo rabino Simeón ben Jehuda, para acordar cómo hemos de utilizar en provecho de nuestra causa los grandes errores y pecados que nuestros enemigos los cristianos no cesan de cometer.

Cada vez, el Sanedrín nuevo ha proclamado y predicado una lucha implacable contra nuestros enemigos, pero en ninguno de los siglos anteriores

lograron nuestros antepasados concentrar tanto oro en nuestras manos, ni por lo tanto poder, como el que nos ha concedido el siglo XIX. Por eso podemos esperar; sin ilusiones vanas, que pronto lograremos nuestro objetivo, y podremos contemplar el futuro con confianza.

Para nuestra gran suerte, ya no padecemos las persecuciones y, las humillaciones, los días tenebrosos y dolorosos que el pueblo de Israel ha soportado con tan heroica paciencia, gracias al progreso de la civilización entre los cristianos, y ese progreso es el mejor escudo tras el que ocultarnos y actuar, a fin de franquear, con paso firme y rápido, el espacio que nos separa de nuestro supremo objetivo.

Contemplemos la condición material de Europa, analicemos los recursos que han entrado en posesión de los judíos desde comienzos del siglo en curso meramente al concentrar en sus manos la cantidad de capital que controlan en estos momentos. Así, sea en París, Londres, Viena, Berlín, Amsterdam, Hamburgo, Roma, Nápoles, etc., y en todas las ramas de Rothschild, en todas partes, los judíos son los amos de las finanzas, simplemente porque poseen tantos miles de millones; por no mencionar que en cada ciudad de segunda o tercera magnitud son los judíos quienes controlan el numerario en circulación, y que en ninguna parte puede realizarse una operación financiera, una empresa importante, sin la influencia directa de los hijos de Israel.

Hoy día, todos los emperadores, reyes y príncipes

reinantes están cargados de deudas contraídas para mantener los grandes ejércitos permanentes en que se apoyan sus tronos tambaleantes. La Bolsa evalúa y regula esas deudas, y en gran medida nosotros somos los amos de las bolsas de todo el mundo. Por ende, debemos estudiar cómo lograr que cada vez pidan más préstamos, al objeto de convertirnos en los reguladores de todos los valores y, como garantía del capital que prestemos a los países, adquirir el derecho de explotar sus ferrocarriles, sus minas, sus bosques, sus altos hornos y fábricas y otros tipos de bienes raíces, incluidos sus impuestos...

Como la Iglesia Cristiana es uno de nuestros enemigos más peligrosos, hemos de trabajar obstinadamente para disminuir su influencia; por consiguiente, en toda la medida de lo posible debemos implantar en las mentes de quienes profesan la religión cristiana las ideas del librepensamiento, del escepticismo y el cisma, y provocar las disputas religiosas que de forma tan natural producen divisiones y sectas en la Cristiandad.

Lógicamente, debemos empezar por desacreditar a los ministros de esa religión. Declarémosles la guerra abierta, suscitemos sospechas acerca de su piedad, acerca de su conducta privada. Así, mediante el ridículo y el chismorreó socavaremos el respeto en que se tiene a su estado y su hábito.

Cada guerra, cada revolución, cada levantamiento político o religioso hacen que se acerque el momento en que lograremos el supremo objetivo

de nuestro viaje.

El comercio y la especulación, dos actividades tan fecundas en utilidades, no deben salir nunca de manos judías, y cuando nos hayamos convertido en los propietarios podremos, gracias a la obsequiosidad y la astucia de nuestros agentes, penetrar en la primera fuente de influencia y poder verdadero. Queda entendido que no nos interesan más que las ocupaciones que comportan honores, privilegios o poder, pues las que exigen conocimientos, trabajo e incomodidades pueden y deben dejarse a los gentiles. Para nosotros, la magistratura es una institución de la mayor importancia. Una carrera jurídica es la que más hace por desarrollar la facultad de civilización y por iniciarnos en los asuntos de nuestros enemigos naturales, los cristianos, y así es como podremos tenerlos a nuestra merced. ¿Por que no pueden los judíos ser ministros de Educación cuando tantas veces han tenido la cartera de Hacienda? Los judíos deben aspirar también a puestos de legisladores, de forma que puedan trabajar para derogar las leyes que los goyim, esos pecadores e infieles, han promulgado en contra de los hijos de Israel que con su devoción invariable a las leyes de Abraham son los verdaderos creyentes.

Además, a este respecto nuestro plan está a punto de cumplirse cabalmente, pues en casi todas partes se ha reconocido el progreso y se nos han reconocido los mismos derechos civiles de que gozan los cristianos. Pero lo que ha de obtenerse, lo que ha

de ser el objeto de nuestro esfuerzo incesante, es que la ley de quiebras se haga menos severa. Gracias a eso nos haremos con una mina de oro que será mucho más rica de lo que jamás fueron las minas de California.

El pueblo de Israel debe orientar su ambición hacia esa cumbre del poder que trae consideración y honores. El medio más seguro de alcanzarla es obtener el control supremo de todas las operaciones industriales, comerciales y financieras, al mismo tiempo que evitamos cuidadosamente toda trampa y tentación que pueda exponernos a procesamiento ante los tribunales nacionales. Al optar por la especulación, los hijos de Israel desplegarán, por ende, toda la prudencia y todo el tacto que son las características de su genio congénito para los negocios.

Debemos familiarizarnos con todo lo que le consigue a uno un puesto distinguido en la sociedad: la filosofía, la medicina, el derecho, la economía política. Dicho en una sola palabra, todos los sectores de las ciencias, las artes, la literatura, son un terreno muy vasto en que nuestros éxitos deben darnos un gran papel y demostrar nuestro talento.

Esas vocaciones son inseparables de la especulación. Así, la interpretación de una composición musical, por mediocre que sea, dará a nuestro pueblo una excusa para poner al compositor judío en un pedestal y rodearlo de una aureola de gloria. En cuanto a las ciencias, a la medicina y a la filosofía, también deben quedar incorporadas en

nuestro dominio intelectual.

Los médicos entran en conocimiento de los secretos más íntimos de la familia. La salud y la vida de los cristianos, nuestros enemigos mortales, están en Sus manos.

Debemos alentar los matrimonios entre judíos y cristianos, pues el pueblo de Israel no pierde nada con ese contacto y no puede sino ganar con esos matrimonios. Nuestra raza, elegida por Dios, no puede corromperse por la introducción de una cierta cantidad de sangre impura, y con esos matrimonios nuestras hilas conseguirán alianzas con familias cristianas de cierta influencia y poder. El estar emparentado con gentiles no implica desviarse del camino que hemos decidido seguir, por el contrario, con un poco de habilidad nos convertirá en árbitros de su destino.

Es aconsejable que los judíos se abstengan de tomar como amantes a mujeres de nuestra santa religión, y que para esa función escojan vírgenes cristianas. A nosotros nos convendría mucho sustituir el santo sacramento del matrimonio en la iglesia por un simple contrato ante alguna autoridad civil, ¡pues entonces las mujeres gentiles vendrían • corriendo a nuestro campo!

Si el oro es el primer poder del mundo, el segundo es innegablemente la prensa. Pero ¿qué puede lograr la segunda sin el primero? Como los objetivos arriba enumerados no pueden alcanzarse sin la ayuda de la prensa, nuestras gentes deben ocupar las direcciones de todos los diarios de todos los paí-

ses. Nuestra posesión del oro, nuestra capacidad para idear medios de explotar los instintos mercenarios, nos convertirán en los árbitros de la opinión pública y nos permitirán dominar a las masas.

Así, si avanzamos paso a paso por este camino, con esa perseverancia que es nuestra gran virtud, rechazaremos a los gentiles y destruiremos su influencia. Dictaremos al mundo en qué debe depositar su fe, a qué debe rendir homenaje y a qué maldecir. Puede ser que algunas personas se levanten contra nosotros y nos lancen insultos y anatemas, pero las masas dóciles e ignorantes nos escucharán y se pondrán de nuestra parte. Cuando seamos señores absolutos de la prensa podremos transformar las ideas sobre el honor, sobre la virtud, sobre la rectitud de carácter, podremos asestar un golpe a esa institución que hasta ahora ha sido sacrosanta, la familia, y podremos lograr su desintegración. Extirparemos toda creencia y toda fe en todo lo que nuestros enemigos los cristianos han venerado hasta ahora, y con el atractivo de las pasiones como arma, declararemos la guerra abierta a todo lo que esa gente respeta y venera.

¡Que se comprenda y tome nota de todo esto, que cada hijo de Israel absorba estos principios verdaderos! Entonces nuestra fuerza crecerá como un árbol gigantesco. cuyas ramas darán los frutos llamados riqueza, placer, poder, como compensación por la condición odiosa que desde hace largos siglos ha sido la única suerte del pueblo de Israel. Cuando alguien de nuestro pueblo dé un paso ade-

lante, que otro le siga de cerca: si le resbala el pie, que sus correligionarios lo recojan y le presten ayuda y asistencia. Si se convoca a un judío ante los tribunales del país en el que vive, que sus hermanos en religión se apresuren a prestarle ayuda y asistencia, ¡pero únicamente si él ha actuado de conformidad con la Ley de Israel, tan estrictamente observada y mantenida desde hace tantos siglos!

Nuestro pueblo es conservador, fiel a las ceremonias religiosas y a las costumbres que nos legaron nuestros antepasados.

Redunda en nuestro interés el que por lo menos demos muestras de celo en las cuestiones sociales del momento, especialmente por lo que respecta a mejorar la suerte de los trabajadores, pero en realidad nuestros esfuerzos deben orientarse a obtener el control de ese movimiento de la opinión pública y dirigirlo.

La ceguera de las masas, su disposición a rendirse a esa elocuencia sonora pero vacua que llena las plazas públicas, hace que sean una presa fácil y un doble instrumento de popularidad y de crédito. No tendremos dificultades en encontrar esa misma elocuencia entre nuestro pueblo para la expresión de falsos sentimientos que encuentran los cristianos en su sinceridad y entusiasmo.

En la medida de lo posible, debemos hablar al proletariado, someterlo a quienes disponen de la gestión del dinero. Por ese medio podremos hacer que las masas se rebelen cuando lo deseemos. Los llevaremos a levantamientos y revoluciones y cada

una de esas catástrofes constituye un gran paso adelante para nuestros intereses concretos y nos acerca rápidamente a nuestro único objetivo: la dominación del mundo, como se le prometió a nuestro padre Abraham".

Este documento resulta ser una radiografía escueta del cambio político acaecido en España a la muerte de Francisco Franco. No en vano este cristiano ejemplar y político clarividente lanzó su grito de alerta en vísperas de su muerte y en el espléndido escenario de la Plaza de Oriente:

" Contra España existe una conspiración judeomasonica izquierdista en la clase política, en contubernio con la subversión comunista-terrorista en lo social. "

Si este Discurso del Rabino no se pronunció jamás por ser una ficción, debería ser pronunciado hoy día en todos los templos y pulpitos de España. Para advertencia de los incautos que desconocen, o fingen desconocer el poder siniestro de ese Sionismo internacional oculto o manifiesto en las altas esferas de la Religión y la Política.

IV

EL CONTUBERNIO JUDEO-MASÓNICO-COMUNISTA

Con este mismo título, el célebre escritor projudío y promasón José Antonio Ferrer Benimeli publicó en 1982 un extenso libro de más de 400 páginas poniendo en la picota la pretendida conspiración judeo-masónica denunciada por el Caudillo Francisco Franco. En la contraportada de dicha obra se nos habla de su contenido: *"Según una conocida doctrina, en el "contubernio judeo-masónico-comunista" se encuentra el origen secreto de los males que han asolado -y asolan- a nuestro país. Se trataría de un complot internacional urdido por la antipatria (traducción del eslogan nazi gegenreich) para destruir los valores de la Civilización Cristiana e implantar finalmente el Imperio Mundial del Judaísmo"*.

¿Qué hay de verdad en ello? ¿Existen realmente unas fuerzas del mal en permanente conspiración con las patrias de Occidente?

José Antonio Ferrer Benimeli, profesor de

Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza y uno de los principales especialistas mundiales en Masonería, responde a tales preguntas teniendo siempre presentes las palabras de Cicerón: La primera Ley de la Historia consiste en no atreverse a mentir, y la segunda en no temer el decir la verdad.

Con la misma ley en la mano, nosotros nos atrevemos a formular un juicio global sobre la obra de Benimeli. La historia que él nos brinda sobre la masonería y el judaísmo internacional chorrea aguabendita por los cuatro costados y el célebre y celebrado contubernio judeo-masónico-comunista es todo él un cuento de la Madre Sarmiento. Se dice de Satanás, padre de la mentira, que su última estratagema es la de haber propalado su inexistencia en el mundo moderno. ¿Quién cree hoy día en Satanás y el satanismo, obra maestra del contubernio judeo-masónico-comunista? ¡Yo no creo en las *meigas*, pero haberlas hailas! -decimos con el gallego.

"...Llama la atención -nos dice todo asombrado Benimeli- el empeño de quienes siguen atribuyendo a la influencia de la Masonería no sólo la destrucción del Imperio español durante las tres primeras décadas del siglo XIX, sino la pérdida de los girones de ese Imperio durante la crisis del 98; así como que la presencia masónica en las fuerzas armadas españolas desde el reinado de Fernando VII hasta el comienzo de la guerra civil fue decisiva y a veces disgregadora y nefasta; hechos que ni